

## AGUA DESHIDRATADA

*Lema: Nunca choveu*

Solía decir Gila, en uno de sus monólogos más conocidos, que nació solo, pues su madre había salido a pedir perejil a la vecina y en ese momento no había nadie en casa. Vivían allí sus padres, él y sus ocho hermanos, y un señor de marrón que estaba siempre en el pasillo. En mi casa no había pasillo, ni sitio para tanta gente, pero además había otra diferencia sustancial. En el entresuelo de cuarenta metros cuadrados que las visitas llamaban *qué-piso-tan-coqueto-tenéis*, y mi madre denominaba con desprecio *este-cuchitril-a-ver-si-nos-mudamos-a-otro-sitio-de-una-vez*, allí, en el techo bajo el que yo me crie hasta los nueve años, el agua estaba deshidratada. Sí, deshidratada. El agua. Tan pobres éramos, que el líquido elemento venía con deficiencias, descompuesto. Lo que salía del grifo, las horas en las que no nos cortaban el suministro, era un fluido algo turbio que sabía más o menos como el agua, pero no quitaba la sed. Para el baño, tres cuartos de lo mismo. Los miércoles y sábados, cuando tocaba, te sumergías con tu patito de goma en la bañera y salíais —tú y el ave palmípeda— prácticamente secos. Mi hermano y yo casi lo agradecíamos, porque en casa solo había dos toallas y bien podrían haberle servido a papá para lijar las maderas de la carpintería. Nuestro padre trabajaba lo justo, y mamá siempre le echaba en cara que estábamos con el agua al cuello.

—Ya me gustaría a mí tener al menos agua decente, aunque fuese al cuello —respondía mi padre, sin inmutarse, y acto seguido me mandaba a casa de la vecina. Siempre me lo endilgaba a mí, y no a mi hermano, aunque nos llevábamos once meses, pero se ve que la tarea de aguador le correspondía al primogénito. Papá sacaba esa voz cavernosa y, sin retirar la vista de la tele, me ordenaba—: Niño, ve a la Matilde y le pides una jarra de agua para la cena, que luego os acostáis deshidratados y os da un soponcio mientras dormís.

Yo entonces cruzaba el descansillo de la escalera, tocaba con los nudillos reseco en la puerta de enfrente, y la vecina aparecía con una jarra de Duralex, rebosante de agua cristalina.

—Disculpe, señora Matilde, a ver si nos arreglan ya lo del agua —le decía con mi cara de lástima ensayada, igual que el discurso—. No sabe cuánto se lo agradecemos.

Mi padre no la probaba, decía que nos la dejaba toda a nosotros, que estábamos en edad de crecimiento. Él se sacrificaba y se tomaba —según el día— tres o cuatro vasos de vino tinto

que compraba en la bodega de Juanín. A mi hermano y a mí no nos dejaba probar ni gota. Cuando seas padre, comerás huevos, decía tajante. Una noche, a mi hermano no se le ocurrió otra cosa que preguntarle qué tenían que ver los huevos con el vino. Desgraciadamente, no había pasillo para correr, así que no se molestó ni en levantarse de la mesa de la cocina. Recibió los dos sopapos con más entereza de la que yo hubiera imaginado, aunque a punto estuvo de caerse de la silla. La que sí se cayó fue la jarra de la señora Matilde, por la onda expansiva. Se hizo añicos y mi madre estuvo meses barriendo cristalitos de Duralex por cualquier rincón de la cocina y alrededores. Vamos, por toda la casa.

—¡Y este año te quedas sin regalo de cumpleaños! —sentenció mi padre, al ver el desaguisado—. Con ese dinero vamos a comprarle una jarra nueva a la vecina. Ahora mismo vas a ir a decírselo en persona. Que se te caiga la cara de vergüenza.

Mientras papá se levantaba a por más vino, un par de lagrimones sordos brotaron de los ojos de mi hermano, y aterrizaron sobre el mantel de cuadros, junto a las manchas de tomate frito y Colacao. Yo le pasé a mi hermano la servilleta, para que se los secara antes de que lo viera nuestro progenitor, pues el llanto tenía premio doble según el baremo paterno. Ya no volvió a hacerle más preguntas insolentes, como las llamaba él.

El bocas de mi hermano y yo madrugábamos cada mañana para llegar muy pronto al colegio. No porque estuviéramos deseando asistir a las lecciones de don Armando, sino por obtener un suplemento hidratante. En nuestras mochilas llevábamos sendas botellas de gaseosa La Revoltosa, y con las primeras luces del día las llenábamos con disimulo en la fuente que había en un extremo del patio. Durante año y medio mantuvimos el secreto, hasta que una mañana del mes de febrero fuimos a por agua y salimos escaldados. Nos pilló Velarde en plena operación. No podía haber sido otro, tenía que ser el más puñetero de la clase. Velarde, alias el Butano por su pelo anaranjado y su afición a expeler gases en el aula. Igual que compartía sus cuescos sin pudor ninguno, aquel día compartió su descubrimiento con el resto de la clase, nada más entrar por la puerta. Nos acusó de robar el agua del colegio, de ser unos menesterosos —de dónde se habría sacado aquella palabra el imbécil, con ocho años que teníamos—, y nos bautizó, para más inri, como los Agua-cero. Toda la clase le rio la gracia, momento que aprovechó Velarde para peerse una vez más sin que nadie se diera cuenta. Solo mi hermano y yo nos percatamos del olor nauseabundo, porque para el resto sus gases habían pasado a un segundo plano, y les habían cedido el protagonismo a nuestras botellas de gaseosa. Fue así hasta el final de aquel curso, cuando mamá pensó que bastante humillación habíamos tenido ya en

ese colegio. Nos cambió a uno de curas que nos pillaba un poco más lejos, pero en el que los hermanos Aguado podríamos empezar de cero.

Mamá no se equivocó. El cambio nos vino como agua de mayo. Además, ya no teníamos que llenar nuestras botellas de gaseosa en la fuente del patio. Aquel verano del 83, el ayuntamiento había instalado una fuente de agua bien fresquita —y bien hidratada— enfrente de nuestra casa. Nadie en el nuevo colegio supo jamás nuestro secreto. Bueno, solo don Ángel, el sacerdote que nos daba clase de Religión. Era el único profesor que me inspiraba confianza. Los demás curas me inspiraban solo respeto, y alguno, como don Serapio, un poco de miedo. Se lo conté en una confesión, ya avanzado el curso, un par de meses antes de hacer la Comunión. Era cuaresma, y hacíamos fila junto a los confesionarios, rezando con mucha devoción. Rogábamos a Dios y a la Virgen Santísima que no nos tocara confesar con don Serapio, porque ponía mucha penitencia y te clavaba una mirada inquisidora que aparecía después en tus pesadillas. Don Ángel era distinto. Además de ser más joven que el resto, nos trataba con amabilidad y hablaba con un tono gallego que nos hacía mucha gracia. Aquel día tuve suerte y me tocó confesarme con él. Después de contarle mis pecados y manifestarle mi propósito de enmienda, mientras calculaba el número de Padrenuestros que me pondría de penitencia, me sorprendió con una pregunta:

—¿Ya está? ¿Nada más eso, *rapaciño*? —me dijo, sonriente, y cambió de tema—. ¿Estás contento en el colegio?

Le dije que sí, que estaba como pez en el agua, no como en el anterior. Y, como sabía que no diría nada por el secreto de confesión, le conté lo de las botellas de gaseosa y el agua deshidratada de mi casa. Y que en *ese-cuchitril-a-ver-si-nos-mudamos-a-otro-sitio-de-una-vez* no había quien aguantara el chaparrón. Mi madre se pasaba el día llorando a escondidas, mientras mi padre veía la tele, nos mandaba ir a por vino a la bodega de Juanín, a por agua a la fuente —la señora Matilde se había mudado, y los demás vecinos no nos abrían la puerta—, nos gritaba por cualquier cosa y no daba un palo al agua. A nosotros sí nos los daba, y a dos manos.

—*Nunca choveu que non escampara* —me dijo con ternura, y acto seguido tradujo al ver mi cara de circunstancias—. Para que lo entiendas, en mi tierra eso quiere decir que confíes y estés tranquilo, que ya verás como pronto pasa la tormenta.

Y como si quisiera certificarlo con la fuerza de lo alto, posó sus manos sobre mi cabeza, musitó una plegaria y me dio la absolución. Al dejar el confesionario, me senté en un banco frente al retablo de la iglesia. Desde allí me contemplaba san José, que tenía a sus pies unas herramientas como las de mi padre. Sosteniendo en sus brazos al niño Jesús, con su mirada benevolente, parecía confirmar las palabras de don Ángel. A ver si escampa de una vez, le dije. Dios te oiga.

Desde que entramos al nuevo colegio, íbamos a misa todos los domingos. Mi madre nunca nos había llevado, y a mi padre, más allá del vino, no había nada que lo relacionara con la iglesia y lo que sucedía allí dentro. Yo me enteré de que don Ángel era el que decía la misa, y además casi toda la clase asistía como requisito para hacer la primera Comunión. Así que convencí a mi madre y se vino conmigo y con el bocas de mi hermano. En casa había dejado de hablar desde el día en que se reventó la jarra de la vecina, pero fuera no callaba. De hecho, casi todos los domingos nos llamaban la atención en misa por su culpa. Solo hubo un día que estuvo más atento y calladito. El día que don Ángel habló de las bodas de Caná. Por lo visto, cuando se les acabó el vino, Jesús —que estaba allí de invitado—, en vez de mandarles a la bodega de Juanín, convirtió el agua en vino. No dijo nada de la borrachera que debieron de pillarse, pero insistió en el milagro: Jesús había convertido la simple e insípida agua en un exquisito néctar de uva. Y la pena se había transformado en alegría. Eso dijo el cura. Mi hermano, que lo había escuchado sin pestañear, se giró y me susurró al oído:

—Oye, ¿tú crees que don Ángel podría convertir el vino de papá en agua? Así solucionaríamos dos problemas...

Por una vez, mi hermano había hablado sabiamente. Yo no tenía ni idea de si el cura podría obrar ese milagro, pero por preguntarle no perdíamos nada. Le dijimos a mi madre que queríamos hablar con don Ángel al terminar la misa, para pedirle una cosa. Nos miró extrañada, pero no le importó quedarse a esperar con nosotros. Con tal de estar lo menos posible en casa, le valía cualquier excusa.

—Así me presentáis al cura. Tanto que habláis de él, ya tengo yo ganas de conocerle.

Mientras aguardábamos a que saliera don Ángel, mi madre sacó un espejito de su bolso y se atusó el pelo. Enseguida apareció el sacerdote, vestido de calle y repeinado como siempre. Mi madre sonrió por primera vez en muchos años.

—Mira, mamá —le dije con entusiasmo— este es don Ángel. Nuestro profe de Reli.

—El pesado que les da la murga con sus sermones —se presentó el cura, estrechando la mano de mi madre con cortesía—. Encantado de conocerla.

—¡Qué va, don Ángel! —intervino mi hermano—. Usted es muy simpático y entretenido, no como don Serapio, que es un ogro.

Mi madre le dio una colleja, y le pidió disculpas al cura por la imprudencia del menor de sus vástagos.

—Si es que eres un bocas —le reprendí yo también, poniendo cara de indignación.

—Sí, claro, como si tú no le tuvieras tirria a ese hombre —se defendió mi hermano.

A punto estuvo de caerle una segunda colleja, pero mi madre estuvo rápida e interceptó a tiempo la trayectoria de mi mano. Nos separó y cambió de tema:

—Bueno, estaos quietos de una vez y decidle a don Ángel eso que queréis pedirle.

Mi hermano me hizo una seña para que hablase yo en nombre de los dos.

—Padre, es que... escuchando su sermón de hoy... a mi hermano se le ha ocurrido una idea. A ver si usted nos puede ayudar.

—Claro, hijo. Ya sabes que para eso estamos. Mientras no sea un milagro...

—Pues... algo de eso va a ser. ¿Usted podría convertir el vino de mi padre en agua? Será más fácil que lo que hizo Jesús, ¿no?

Mi madre se quedó boquiabierta. Agachó la cabeza, creo que con más pena que bochorno. Don Ángel me miró con la misma piedad que en el confesionario. Ni un atisbo de burla en su expresión.

—Pues... va a estar complicado —acertó a decir, con cara pensativa—. Pero quizá podemos intentarlo. Déjame que lo consulte con don Serapio, que sabe mucho de milagros. Dentro de unos días hablamos, ¿de acuerdo?

—Puede usted venir a casa y lo intenta —interrumpió el Bocas—. A lo mejor podemos conseguir unas tinajas como las de Jesús, si hace falta.

—Hijo, lo de las tinajas no va a poder ser —dijo mi madre, intentando recuperar la compostura—. Pero el padre Ángel puede venir a casa cuando quiera. Se me está ocurriendo, si a él le parece bien, que el día de vuestra Comunión puede ser buen momento. Quedan tres semanas, a lo mejor para entonces don Serapio ya le ha dado alguna solución. Ese día no haremos ningún festín, pero a algo le podremos convidar. Mientras no pida agua para beber...

El cura sonrió y aceptó la invitación. No dijo nada de nuestro secreto, ni del agua deshidratada. Y prometió buscar un remedio a nuestra inquietud. Miró su reloj e inició la despedida. A mi hermano y a mí nos revolvió el pelo, como siempre hacía, pidiéndonos que nos portásemos bien con mi madre. A ella le estrechó la mano de nuevo.

—Disculpe, señora, marchó que *teño* que marchar. Otro día hablamos con más calma. Ha sido un placer conocerla. Y gracias de nuevo por la invitación.

El vino de la Comunción me supo a rayos. Mi hermano casi lo escupe y monta el numerito. Yo me lo tragué como pude, aguantando las arcadas. Y eso que era la sangre de Cristo. Sabía casi peor que el agua deshidratada de casa. Yo no sé cómo a papá podía gustarle tanto aquel brebaje. Don Ángel se vino a casa tras la ceremonia y las fotos de rigor. Desde el sofá nos recibió mi padre, que ni siquiera había hecho el amago de asistir a la Comunción de sus engendros, como cariñosamente nos llamaba. Se había quedado en casa calentando motores para la final de Copa de su Athletic del alma, que se disputaba aquella noche. El fútbol era lo único que le apasionaba, aparte del vino. Así que aquel 5 de mayo del 84, cuando regresamos a casa con el cuerpo y la sangre de Cristo en nuestro estómago, papá llevaba más vino encima que los de las bodas de Caná. Ni se levantó para saludar a don Ángel, que lo miró desde la entrada, con una mezcla de lástima e incredulidad. Pasamos a la cocina, donde mi madre tenía preparados unos canapés sencillos, una tortilla de patata y unas empanadillas que estaban para chuparse los dedos. Para beber teníamos Mirinda, de naranja y de limón. Estuvimos allí un buen rato, lo pasamos bien. Don Ángel se puso a contar anécdotas del colegio, y de otros sitios donde había dado clase, sobre todo en una escuela rural de su tierra, en Galicia. Y nos reímos como nunca lo habíamos hecho en aquella cocina. Teníamos que controlar el volumen, no fuéramos a molestar a papá en su tediosa labor de aprenderse la alineación del partido. Pero nos tronchamos en voz baja con sus chascarrillos.

—Perdone, don Ángel —le dije al rato, mientras degustábamos las natillas caseras que había preparado mamá—. Aún no nos ha dicho si va a poder hacer el milagro del agua.

—Pues habrá que esperar un poco más. Don Serapio me ha dicho que él solo domina el tema de las curaciones, pero de conversión de líquidos tiene poca idea. Lo que no quiero es precipitarme, a ver si la vamos a *escarallar*. Voy a hablar con don Heliodoro, que sabe mucho

de química y lo mismo me sugiere algún *conxuro*. Malo será que no encontremos alguna solución. Así que no perdáis la fe. Eso nunca.

—Pues entonces tendrá que venir otra vez —contestó mi hermano—. Así nos cuenta más anécdotas de sus años de profesor. Mamá, ¿se puede venir otro día a merendar?

—Sí, claro, cuando él quiera. Aunque supongo que estará muy ocupado, con las clases, la parroquia...

—Bueno, no es para tanto —le quitó importancia don Ángel—. Siempre se puede sacar un *huequiño*. Además, os he prometido que intentaré obrar el milagro, y no puedo romper una promesa.

Y no la rompió. Tardó un tiempo, pero al final se fue obró el milagro. Todo empezó otro día de fútbol, esta vez por todo lo alto. Jugaba España contra Francia en la final de la Eurocopa. Papá no paraba de insultar a los gabachos, al árbitro y a la madre que parió a Platini. Entre sus gritos, el nivel de alcohol en sangre y el volumen de la tele al máximo, ni se dio cuenta de la jugada que, sin balón de por medio, se estaba organizando en casa. Mi hermano y yo nos entreteníamos en la cocina con el parchís, para evitar que papá nos echase la culpa de la derrota española, y nos soltase algún mamporro sin que el árbitro le sancionara. Cuando faltaban diez minutos para el final del partido, y apenas un suspiro para que le ganase a mi hermano por enésima vez, apareció mamá por allí, se llevó el dedo índice a la boca rogando que guardáramos silencio y que la acompañáramos hacia la entrada. Allí tenía preparada una maleta y un bolso amarillo de Viajes Azor. Abrió la puerta sin hacer ruido, nos mandó escaleras abajo con los bultos y cerró con cuidado. Ya en el portal, después de peinarse frente al espejo y colocarse bien el vestido, nos dijo que nos íbamos de viaje, y que teníamos que montarnos en un Seat Ronda blanco que vendría enseguida. El trayecto iba a ser largo, así que lo mejor sería que nos durmiéramos en el asiento de atrás. Obedecemos sin rechistar, ni siquiera mi hermano abrió la boca.

Nos subimos al coche con los gritos de papá de fondo. No porque se diera cuenta de nuestra escapada, sino porque Bellone acababa de marcar el segundo tanto, la puntilla para los españoles, en el minuto 90. Sus blasfemias se perdieron a lo lejos, cuando el Seat arrancó. Tardamos poco en dormirnos, gracias al traqueteo del coche y a la oscuridad que reinaba en la carretera. Abrí los ojos con los primeros rayos de sol, que ya calentaba bien en aquellos días de finales de junio.

—¿Has dormido bien, *riquiño*? —preguntó don Ángel sin apartar la vista de la carretera—. Te has despertado justo a tiempo para contemplar estas vistas tan bonitas. Es la ría de Arousa, supongo que no la conocías. Y mira con qué cielo más despejado nos da la bienvenida.

*Nunca choveu que non escampara.* Aquel verano, con lluvia o con sol, tuve tiempo de sobra para conocer la ría. Y en los inviernos y primaveras posteriores. Nos instalamos en Villagarcía, en la casa que don Ángel había heredado de su familia, que tenía varios pasillos y cristalería Duralex. Mamá recuperó la sonrisa, aunque todavía algunas veces la veíamos llorando por los rincones. En público solo se le saltaban las lágrimas cuando don Ángel venía a vernos, cada vez con más frecuencia, y nos llevaba a recorrer Galicia en el Seat Ronda. Ella no paraba de darle las gracias, a lo que el cura siempre respondía: «las que tú tienes, *muller*». En cada despedida, el Bocas y yo nos peleábamos por abrazar primero a don Ángel. Éramos tontos, porque el mejor abrazo era el último, el que le daba a mi madre. O más bien se lo daba ella a él, como si deseara retenerlo un minuto más, como si quisiera conservar un pedacito de su presencia mientras llegaba la próxima visita. Hasta que ya no hizo falta. Fue a finales de junio del 86. Con las vacaciones a la vuelta de la esquina, aquel domingo mi hermano y yo no teníamos más deberes que ver el mundial de fútbol en la tele. España se jugaba, contra los belgas, el pase a semifinales. Y perdimos en los penaltis. Se nos quedó cara de tontos al ver cómo Eloy fallaba su lanzamiento desde los once metros. Otra derrota como la de la Eurocopa, dos años antes, la noche en que nos fugamos de casa y dejamos a papá maldiciendo a los franceses. Si hubiéramos estado allí, nos habría caído más de un guantazo, aparte de soportar el olor a vino, su borrachera y sus gritos. En ese momento, en nuestro nuevo hogar, lo que escuché fue el llanto de mamá. Pero no sonaba como otras veces, cuando lloraba a solas. Me asomé al pasillo, y al fondo, en la entrada, vi una maleta enorme. La sostenía don Ángel con una mano, mientras con la otra abrazaba a mi madre, que no quería soltarlo. A partir de entonces, abandonó para siempre el hábito de llorar a escondidas. El cura dejó otros hábitos y se convirtió en padre. Lejos quedaban el agua deshidratada y las lluvias de sopapos. El vino amargo se transformó, por fin, en agua hidratada. Agua como Dios manda. La de la ría y la del grifo, una refrescaba y la otra quitaba la sed. Se había obrado el milagro. Más claro, agua. Bendita agua.